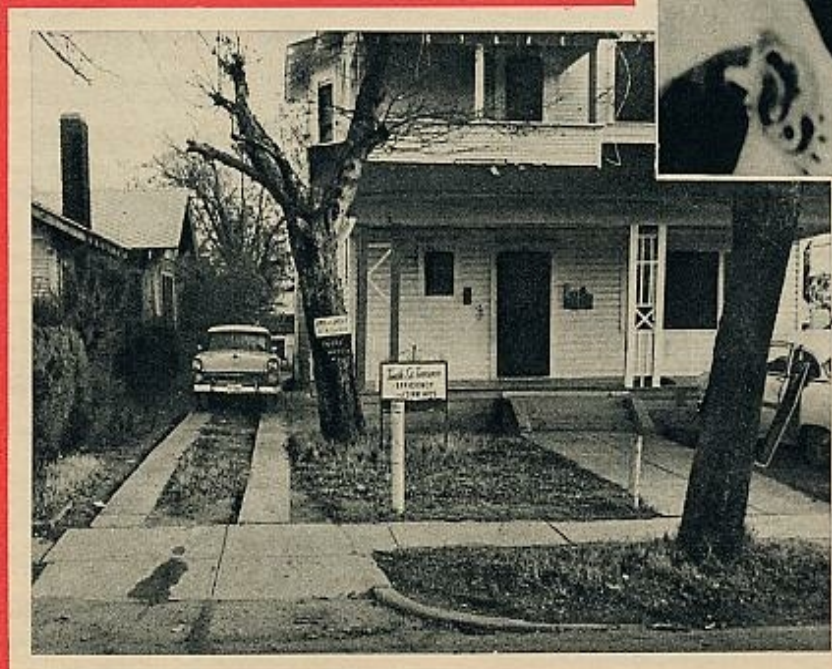


2.° LOS ASESINOS DE KEN

LA EXTRAÑA MISION DEL AGENTE TIPPITT

La foto de abajo reproduce el lugar en que el agente Tippitt fue asesinado. Buchanan supone que Tippitt —que aparece en la foto de la derecha— era uno de los cómplices del crimen y que tenía como misión encargarse de suprimir a Oswald.



**SU MUERTE DESHI-
ZO UN PLAN MINU-
CIOSO Y TODOS LOS
PROTAGONISTAS
TUVIERON QUE IM-
PROVISAR SU PAPEL**

En la primera parte de su informe sobre el crimen de Dallas, que publicamos la semana anterior, Thomas Buchanan estudia en cuatro puntos las inverosimilitudes que presenta la tesis oficial acerca del asesinato de Kennedy. Según esta tesis:

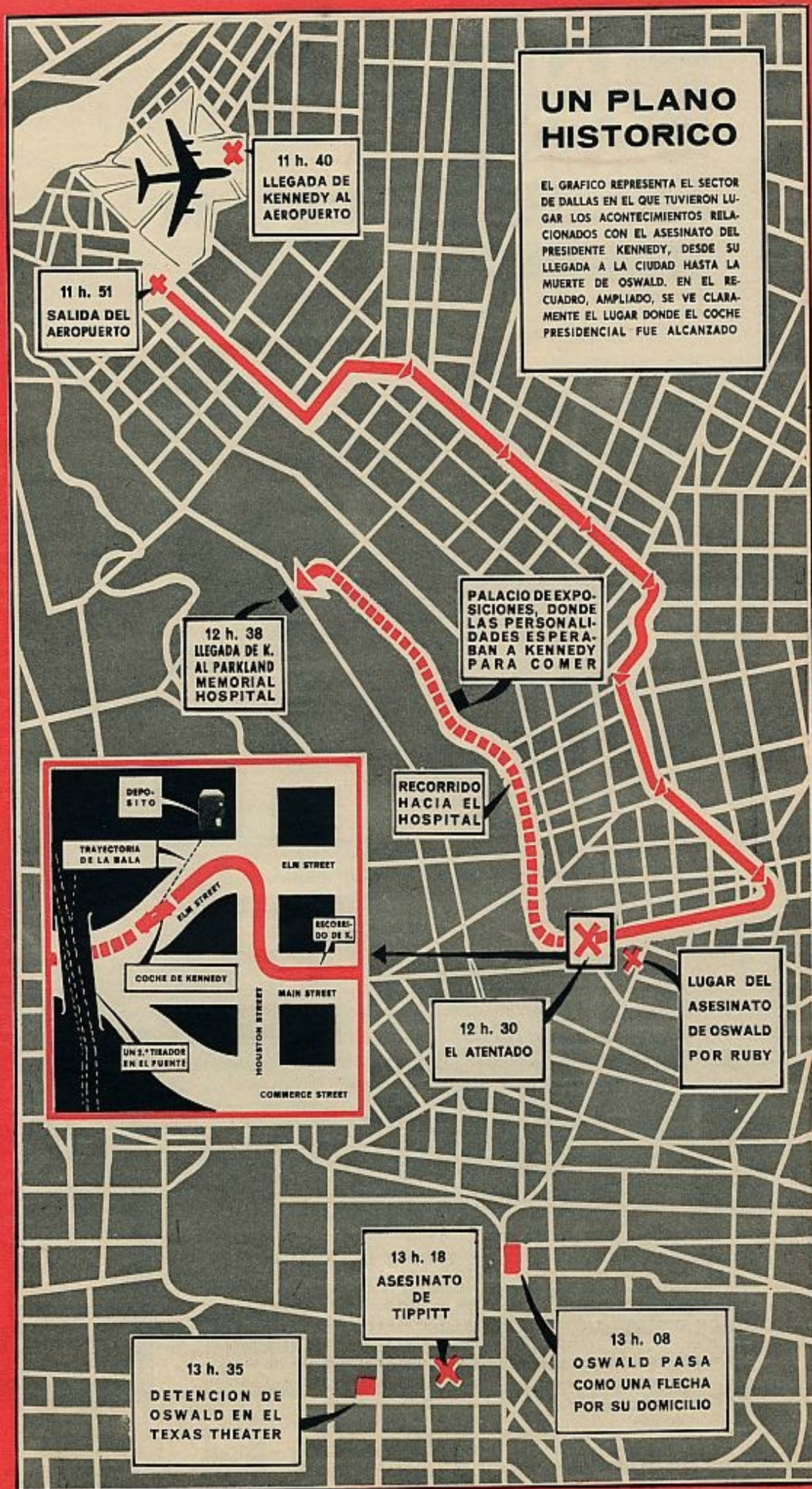
1. Sólo una bala, disparada desde atrás y con un ángulo de 45 grados, habría atravesado la cabeza del Presidente, salió por el cuello, se desintegró en el suelo del coche, hizo un agujero redondo en el parabrisas y reapareció en la camilla de Kennedy casi intacta, ya que ha podido ser identificada como procedente del fusil de Oswald. **ALTAMENTE IMPROBABLE.**

2. Una segunda bala habría herido al Presidente en la espalda, sin que ninguna de las personas que participaron en la operación de John Kennedy se percatara de esta herida. Los tres cirujanos habrían olvidado dar vuelta al cuerpo de la víctima. **ALTAMENTE IMPROBABLE.**

3. Los cirujanos pensaron que una bala se había incrustado en el cuello por delante hasta el pecho del Presidente, de arriba abajo; en realidad, la bala, procedente de detrás, habría salido por el cuello sin haber tocado las vías respiratorias, que los médicos creían atacadas. **ALTAMENTE IMPROBABLE.**

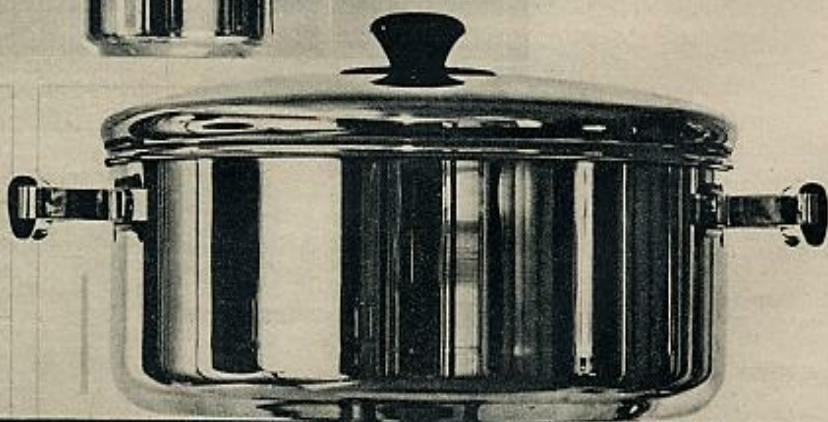
4. Oswald, uno de los más mediocres tiradores calificados por el Ejército americano, se había convertido misteriosamente en uno de los mejores tiradores del mundo, capaz de alcanzar tres veces a un blanco móvil en cinco segundos y medio con un fusil semiautomático con visor telescópico que hubo de cargar dos veces. **ALTAMENTE IMPROBABLE.**

En este número continúa el informe Buchanan sobre el apasionante caso. Lo complementa uno de los cablegramas que el autor —actualmente en Dallas— enviará regularmente hasta la terminación del reportaje en el mismo lugar de los hechos.





presenta



su nueva serie

THERMOPLAN®

de acero inoxidable "de ley" (18/8)
con fondo difusor del calor

Un sueño hecho realidad para la moderna ama de casa:

El nuevo menaje de cocina BRA en acero inoxidable, línea modernísima y técnica internacional; con fondo THERMOPLAN, que difunde instantáneamente el calor y lo conserva, logrando la más perfecta cocción de los alimentos con un notable ahorro de combustible.

Incorpora también los mangos y asas PLASTINOX, aislantes, de gran belleza y suave tacto. Los mangos PLASTINOX han obtenido un Delta de Oro-1963 al mejor diseño.

BRILLO INALTERABLE • LIMPIEZA FACIL Y RAPIDA • DURACION ETERNA



DESTE

PERO RECUERDE: SOLO LAS PIEZAS

BRA

LLEVAN ESTA MARCA:



SEGUN la tesis oficial, Oswald utilizó el arma del crimen. La policía declara haber suministrado la prueba de ello.

Según una primera versión, la policía había encontrado en el arma las huellas digitales de Oswald. Esta versión fue dada a conocer por la prensa. Poco después de su publicación, sin embargo, el fiscal del distrito que instruye el sumario, Henry Wade, hizo una declaración en la que el término «huellas digitales» era reemplazado por el de «huellas de palma». Pocos observadores se sintieron impresionados por este retoque. La diferencia, sin embargo, es importante: las huellas digitales permiten la identificación de un hombre; las huellas de palma, no. Estas, por otra parte, desaparecieron a su vez en una tercera versión oficial, la del F. B. I., que declara que «ninguna huella de la palma» se encontró en el fusil. En el transcurso de conversaciones privadas, los agentes del F. B. I. no ocultaron su irritación. ¿Por qué Wade había invocado una prueba que no existía?

En todo caso, se encontraron huellas de la palma de Oswald en una caja de cartón que se hallaba en la habitación desde donde el asesino había disparado. ¿Qué ha de deducirse de ello? Nada: Oswald trabajaba en esta habitación, un Depósito municipal de libros; el transporte de cajas de cartón formaba parte de su trabajo cotidiano. Si las huellas de Oswald se hubieran encontrado en el marco de la ventana desde donde el asesino hizo fuego o siquiera en el vidrio de la misma ventana, el indicio habría sido importante. Pero en estos lugares no se encontró ninguna huella.

Tengamos en cuenta, de todos modos, la hipótesis oficial según la cual Oswald, al preparar el asesinato del Presidente, habría dejado sus huellas en la caja de libros. ¿Qué conclusión puede sacarse de ello? Sólo una: que Oswald no fue el asesino, sino su cómplice. Porque si ha dejado sus huellas sobre una caja momentos antes del crimen es que no llevaba guantes. Y si no llevaba guantes tendría que haber dejado huellas también sobre el fusil. Materialmente, en efecto, como veremos a continuación, no había tenido tiempo de limpiar el arma del crimen.

Pólvora en las manos

La segunda prueba científica invocada por la policía la había proporcionado el test de la parafina, que permitió encontrar restos de pólvora en las manos de Oswald. Pero no en sus mejillas. El fiscal de distrito Wade fue tajante en este punto:

—Tengo en mi poder tests que prueban que había restos de pólvora en las manos de Oswald.

Para designar el arma de donde podía provenir la pólvora, Wade utilizó la palabra «gun», que designa a una pistola; no utilizó la palabra «rifle», que designa un fusil. Incluso repitió «a gun», a petición de un periodista que insistió para saber si Wade no habría querido decir «rifle».

Oswald tenía, desde luego, una pistola cuando la policía le detuvo. Con esta pistola acababa de matar, según parece, al agente Tippitt; de ahí la pólvora de sus manos. Pero, ¿por qué la ausencia de pólvora en sus mejillas si acababa de utilizar un fusil?

Es imposible sostener que Oswald se haya podido lavar las mejillas antes de su detención. Salíó del Depósito de libros donde se encontraba en el momento del asesinato, hacia las 12,35. Fue a pie

hasta una parada de autobús que distaba cuatro manzanas. Impaciente, bajó del autobús para buscar un taxi. No lo encontró sino dos manzanas más allá, «hacia las 12,45», según la encuesta del «Time». Las señas que dio al taxista eran las de un lugar situado a cinco manzanas de su domicilio. El precio de la carrera fue de 95 centavos de dólar, lo que indica que el taxi avanzó con dificultad, ya que la circulación estaba bloqueada a consecuencia del atentado. Oswald debió a continuación desandar parte de su camino para ir a su casa, cambiar su chaqueta por una cazadora y coger su pistola.

La patrona de Oswald confirma que no hizo más que entrar y salir precipitadamente. No pudo tener tiempo de quitarse la pólvora de las mejillas, porque esta operación exige el empleo de jabón y cepillo. En cuanto salió de su casa, Oswald, según la versión oficial, cayó sobre el agente Tippitt, le mató y se refugió en el cine en el que fue detenido a las 13,45.

Según la tesis oficial, Oswald permaneció en el sexto piso del Depósito, mientras sus compañeros bajaban a la calle a ver pasar la comitiva. Después de su marcha Oswald se quedó solo.

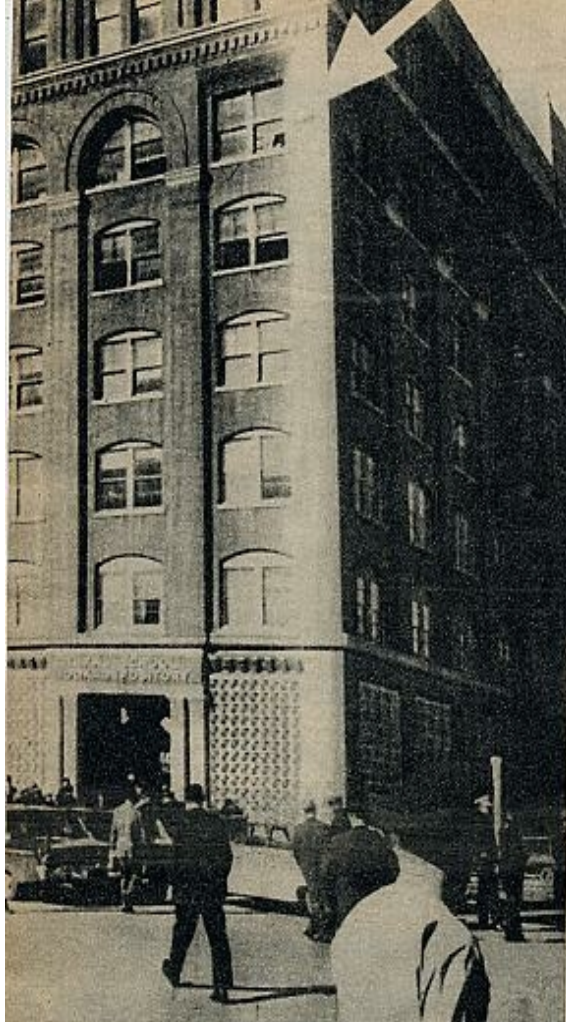
No existe ninguna prueba que apoye este último punto. El film impresionado desde la calle por un aficionado muestra claramente dos siluetas en la habitación del Depósito **SIGUE**

LOS ASESINOS DE KENNEDY

SEGUN EL INFORME DE BUCHANAN: DOS HOMBRES DISPARARON SOBRE EL PRESIDENTE: UNO DESDE EL DEPOSITO DE LIBROS DE DALLAS; OTRO DESDE EL PUENTE, Y ESTE ACERTÓ CON LA PRIMERA BALA



En los momentos inmediatos al magnicidio un policía se abre paso entre los periodistas y fotógrafos mostrando el arma que, según la versión oficial de la policía, sirvió para perpetrar el asesinato de Dallas.



Arriba, a la izquierda, la ventana del Depósito de Libros Escolares desde donde se hicieron —según Buchanan— sólo parte de los disparos. A la derecha, la parte alta del edificio y la comitiva presidencial. Abajo, el coche de Kennedy mientras atraviesa a toda prisa la ciudad —ya hechos los disparos— para dirigirse al Parkland Hospital.



situada en el sexto piso. En este momento eran las 12,20. Un reloj que se encontraba dentro del campo de la cámara lo indica así. Entonces, una de dos: o bien se trata de las siluetas de los asesinos y Oswald tenía un cómplice, o bien las dos personas son empleados del Depósito y, en este último caso, Oswald no había entrado aún — a las 12,20 — en la habitación desde donde se hicieron los disparos.

El pollo y los cigarrillos

Pero con arreglo a esta segunda hipótesis, Oswald no pudo al mismo tiempo preparar el arma del crimen y consumir la comida cuyos restos (sobras de pollo y una botella de gaseosa) se encontraron. La comitiva, en efecto, pasó ante el Depósito a las 12,31.

La policía, por otra parte, acabó por hacer saber que los restos de pollo databan de la noche anterior al atentado. Nunca habló de huellas encontradas en la botella. ¿Es que Oswald pasó la noche en el Depósito y comió allí? Para saberlo habría bastado hacer un lavado en el estómago de Oswald. Es sorprendente que esta operación no se haya realizado.

Otro punto, más sorprendente todavía, ha sido descuidado hasta ahora por los investigadores: con los restos de pollo y la botella vacía la policía encontró un paquete de cigarrillos vacío. Ahora bien, en el «Time» del 6 de diciembre leemos lo siguiente: «Oswald era un impulsivo, sujeto a crisis de cólera. No fumador y abstemio, se encolerizaba cada vez que su esposa encendía un cigarrillo».

Según la tesis oficial, Oswald pasó así los minutos subsiguientes al atentado: escondió el arma del crimen en un lugar sobre el cual las versiones sucesivas y contradictorias son tan numerosas que no se sabe a qué carta quedarse. Después bajó corriendo un gran pasillo que conducía a la escalera del edificio. Bajó cuatro pisos. Fue a la cantina, tomó una botella del distribuidor automático y empezó a beber. Allí, en el segundo piso, le encontró su jefe, Roy S. Truly, que llegó acompañado por un policía.

En su número del 6 de diciembre, «Time» da la descripción siguiente: «Inmediatamente después del paso de la comitiva presidencial, el jefe del Depósito, Roy S. Truly, que acababa de mezclarse con la muchedumbre, vio a un agente motociclista correr hacia la entrada del edificio apartando a las gentes a su paso. Truly alcanzó al agente y le condujo al ascensor. Este estaba bloqueado en un piso superior, por haber quedado abierta una puerta. Truly se precipitó a la escalera, seguido por el agente, pistola en mano. Llegado al primer descansillo, el policía vio la cantina, entró en ella y aperció a un hombre al lado del distribuidor automático.

—¿Es un empleado del Depósito? —preguntó el policía.

Truly confirmó. El policía se lanzó entonces a la escalera, como si estuviera convencido de que un empleado del edificio no podía ser el asesino.

Según las declaraciones oficiales, en el edificio se había desarrollado una carrera de velocidad entre Oswald, que bajaba del sexto piso, y el policía, que tuvo únicamente que subir una escalera. Ninguno de los dos hombres tomó el ascensor. Ambos debieron empezar por dar un rodeo. Oswald para deshacerse de su fusil; el policía para ir hasta el ascensor e intentar po-

nerlo en marcha. Los corredores habían tomado la salida casi en el mismo instante — «precisamente después del paso del coche presidencial» —. Sin embargo, mientras el policía subía un tramo de escalera, se supone que Oswald bajó cuatro, buscó una moneda, la introdujo en el distribuidor automático y empezó a beber. ¡Y ni siquiera había perdido el aliento! No daba ningún signo de nerviosismo después de su loca carrera.

Roy Truly, en efecto, que conocía bien a Oswald, ha hecho el siguiente relato, reproducido en el «New York Herald Tribune» del 25 de noviembre: «El policía hundió el cañón de su pistola en el estómago de Oswald y me preguntó si éste trabajaba allí. Dije que sí y volvimos a la escalera, para registrar los pisos superiores. Oswald parecía un tanto sorprendido — cualquiera lo estaría si le amenazaban de repente con un arma — pero no daba ninguna señal de nerviosismo o de pánico».

Oswald, según la tesis oficial, debía no sólo ser mejor fusil que el campeón olímpico de tiro, sino uno de los mejores corredores después de Jesse Owens.

El valor de las pruebas

Hasta aquí nos hemos limitado a analizar la versión oficial del crimen. De ella hemos extraído por lo menos ocho alegaciones extremadamente improbables, por no decir materialmente imposibles. Cada una de ellas, sin embargo, es esencial si se quiere que resulte que Oswald ha actuado solo.

El lector podrá valorar el grado de probabilidad matemática de la versión oficial representando por una fracción (por ejemplo: uno sobre tres, uno sobre seis, uno sobre dos-

SIGUE

LOS ASESINOS DE KENNEDY

DESDE EL EDIFICIO DEL "MORNING NEWS", RUBY FUE TESTIGO DEL MAGNICIDIO

LA PERSECUCION DE OSWALD, COMPLICE DE LOS VERDADEROS ASESINOS, FUE UNA AUTENTICA "CAZA DEL HOMBRE"

EL MISTERIOSO TIRADOR DEL SEXTO PISO SIGUE LLEVANDO EL UNIFORME DE LA POLICIA



El gobernador de Tejas, Connally, se repone de las heridas que sufrió al ser alcanzado por las balas que se dispararon sobre el coche presidencial, que en el momento de producirse el atentado compartía con Kennedy.

Y usted ¿qué medias usa?



Unas medias de verdadera calidad son elemento indispensable para una elegante y adecuada presentación. Le recomiendo



LA MEDIA DE NYLON PERFECTA

Una especialidad para cada circunstancia de su vida social y elegante

EXTRAFINA • **INDESMALLABLES**  • **SUPERCRISTAL**
MAXIMA DISTINCION SIN POSIBILIDAD DE CARRERAS DOBLE MALLA
NIKE MICROMESH • **SUREXTENS** • **NIKE FORTISIMA**
FINISIMA MALLA DE RED LA MAS EXTENSIBLE Y COMODA MAXIMA DURACION

Ahora con el color **PAMINA** de última moda

cientos, etcétera) el grado de probabilidad de cada uno de los ocho alegatos inverosímiles y multiplicando después las ocho fracciones. Le dejamos este cuidado, recapitulando las cuatro últimas inverosimilitudes:

5) Oswald habría podido y sabido hacer desaparecer de sus mejillas los restos de pólvora.

6) Los dos hombres filmados en el Depósito a las 12,20 serían extraños al crimen, que ha tenido lugar a las 12,31, y no habrían notado nada sospechoso.

7) El «no fumador» Oswald habría fumado un paquete de cigarrillos mientras se preparaba para el crimen.

8) Oswald habría podido limpiar el fusil, esconderlo, bajar cuatro pisos, colocar una moneda en el distribuidor automático, destapar la botella, beberla y no jadear cuando el policía, que subió un solo tramo de escalera en el mismo lapso de tiempo, le encontró en la cantina del edificio.

Del análisis de las «pruebas» oficiales pasaremos ahora a las hipótesis fundándonos por nuestra parte en la valoración de las probabilidades. Intentaremos de este modo reconstruir los hechos tal como existe el mayor número de posibilidades de que se hayan desarrollado.

Los asesinos números uno y dos

La hipótesis según la cual un segundo hombre se encontraba en el lugar del crimen se ha impuesto ya a nosotros. Le llamaremos el cómplice número uno. Se introdujo en el Depósito entre el momento del cierre —el día anterior por la tarde— y el de la reapertura, la mañana del asesinato. Llevó comida. Dejó a Oswald la tarea de introducir el fusil en el Depósito porque él corría mucho menos peligro de llamar la atención al llegar por la mañana cargado con un grueso paquete.

A lo largo de la mañana, Oswald estuvo acechando, alejando en la medida de lo posible a sus compañeros de trabajo de la habitación donde el cómplice número 1 se escondía. Cuando sus compañeros bajaron a ver la comitiva, Oswald ayudó al cómplice n.º 1 a apilar las cajas cerca de la ventana. Después bajó a la cantina, donde llegó instantes después del crimen. Quizá le hubieran dicho que los testigos que le vieran en este lugar apenas hechos los disparos le pondrían fuera de toda sospecha.

Del hombre que, durante este tiempo, se encontraba en el sexto piso del Depósito, y al que ahora podemos llamar el asesino n.º 1, sabemos que pasó mucho tiempo en la habitación; que fumaba una determinada marca de cigarrillos; que, muy probablemente, llevaría guantes y que estaba habituado, por su profesión, al manejo de armas de fuego. Mientras el asesino n.º 1 acechaba, el asesino n.º 2 fue al puente del ferrocarril que dominaba la carretera que Kennedy debía tomar. Este puente (basta con examinar las fotos publicadas en la prensa para darse cuenta de ello) está protegido por un largo muro tras el cual es fácil ponerse al abrigo de las miradas. En el muro hay aberturas que pueden servir de aspilleras.

Los coches que se dirigen al puente ofrecen al tirador emboscado un blanco perfecto, puesto que van hacia él en línea recta. Por su distancia y su elevación se trata de un blanco que está al alcance del tirador más corriente.

El primer disparo fue hecho por el asesino número 2. La bala entró por delante en el cue-

llo del Presidente y se incrustó en su pecho. El segundo tiro, que se hizo inmediatamente después, fue disparado por el asesino n.º 1. Erró el blanco, hiriendo al gobernador de Tejas. El asesino n.º 2, al ver que había acertado, o bien dio su trabajo por terminado o bien tiró apresuradamente una segunda bala que falló por completo. Pero el asesino n.º 1, sabien-

SIGUE

LOS ASESINOS DE KENNEDY

GOLPE BAJO

CON indignación y no con demasiada sorpresa —no es la primera vez que la tijera entra a saque en el «copyright» de las publicaciones mundialmente acreditadas— TRIUNFO acaba de sufrir un lamentable golpe bajo en el derecho que, como todo órgano periodístico, tiene a disfrutar la absoluta primacía sobre los textos adquiridos en exclusiva para servir a sus lectores. «Los asesinos de Kennedy», un reportaje de resonancia mundial que se debe a la pluma de Thomas Buchanan, comprado por nosotros al semanario francés «L'Express» a través de su representante en España, la Agencia Fiel, ha sido reproducido en parte muy sustancial por la revista «SP», en su número del pasado día 15. Sin mediar la más mínima consulta, ni al semanario francés ni a la agencia distribuidora —y mucho menos, por supuesto, a nosotros— esa revista reproduce íntegramente la tercera entrega de esa serie que nuestros lectores van a encontrar en este mismo número. En su defensa, no puede «SP» argüir que desconocía los derechos adquiridos por TRIUNFO porque en nuestro número 92, del pasado día 7, se anunciaba reiteradamente la próxima publicación de este gran reportaje, especificando claramente que lo había escrito el famoso novelista y científico norteamericano Thomas Buchanan. Ni la declaración expresa de que esos textos están de acuerdo con la tesis mantenida por «SP» junto a la revista italiana «Il Secolo XX», descargan a esa revista española de la responsabilidad de un hecho que tiene ya algunos irritantes precedentes. Por el cómodo —y desde luego baratasimo— procedimiento de reproducir reportajes ajenos sin autorización con el pretexto de que sostienen puntos de vista realmente interesantes, podría llegarse muy lejos. Lo que es indudable también es que tal procedimiento no es el más adecuado para una sana convivencia profesional y rompe elementales normas de ética periodística que a todos nos interesa salvaguardar. TRIUNFO no quiere dejar de mostrar su indignación. Lo hace por respeto de sí misma y a sus lectores, que podrían sentirse defraudados al ver publicados en otras revistas y antes, artículos y reportajes que se le anuncian por nosotros como auténticas exclusivas. Sin perjuicio de la acción legal que puede originar este desafuero, TRIUNFO quiere decir rotundamente NO a esta especie de piratería de la tijera a que tan aficionados son ciertos órganos informativos.



La policía y los periodistas inspeccionan el Depósito de Libros Escolares desde donde se disparó sobre el Presidente. Las huellas de Oswald aparecidas en las cajas de cartón no prueban sino que aquél trabajaba allí.

LOS ASESINOS DE KENNEDY

dose desafortunado, volvió a tirar. Su segunda bala alcanzó el occipucio del Presidente.

Un testigo: Jack Ruby

La finalidad del asesino n.º 1 era, pues, triple:

—Si su cómplice se veía imposibilitado de tomar posición en el puente, el atentado no se vería por ello llamado al fracaso.

—Sus disparos servían como operación de diversión, permitiendo escapar al tirador del puente.

—Era preciso a todo precio que se disparara desde el edificio donde la víctima propiciatoria estaba empleada.

Hay que lamentar que el asesino n.º 2 no haya sido visto más que de espaldas, precisamente antes de desaparecer, por el policía que escaló el talud del puente, inmediatamente después del disparo. Existe un testigo, en todo caso, que ha podido observar al tirador del puente. Quizá hasta pudiera identificarle. Este testigo es Jack Ruby.

Ruby se encontraba en el edificio del «Dallas Morning News», donde preparaba los anuncios publicitarios para su cabaret de «strip-tease». Hay que lamentar que la urgencia de esta tarea le haya impedido tener algunos minutos libres aquella mañana, para ver pasar, junto a la casi totalidad de los empleados del periódico, la comitiva presidencial a algunos centenares de metros del edificio. Y eso a pesar de su adoración por el Presidente Kennedy, adoración que confinaba con la locura, si hay que creer a sus abogados. Ruby, en efecto, se quedó solo en el periódico, en una habitación cuyas ventanas dan a la vez sobre el Depósito de Libros y el puente del ferrocarril...

A continuación, cuatro empleados del «Morning News» declararon a los periodistas que, desde el lugar en que se encontraban, oyeron claramente la primera detonación: venía del puente. Si Ruby, en este momento, miraba por la ventana, tuvo que ver el disparo. Pero si hubo dos asesinos tuvo también que haber dos fusiles. ¿Cómo ha podido desaparecer el segundo sin dejar rastro? El hecho es que su existencia ha sido ampliamente probada. Poco después de la detención de Oswald, los policías de Dallas remitieron al fiscal Henry Wade un arma que éste identificó, después de un largo examen, como «un Mauser alemán». Declaró tajantemente a los periodistas que era «el arma del crimen». No se trata de una opinión, sino de una constatación.

Wade ocupa su cargo desde hace trece años. Fue anteriormente, durante cuatro años, agente del F. B. I. Luego está ampliamente calificado para distinguir un Mauser alemán de un Carcano italiano. Dispone, además, de cincuenta colaboradores, todos capaces de descifrar la inscripción que se encuentra grabada sobre un arma. Wade hizo su declaración el día del atentado. Al día siguiente, de todos modos, los ficheros del F. B. I. revelaron que Oswald, con un nombre supuesto, había comprado un fusil

en marzo de 1963, y que el arma le fue enviada a unas señas de Dallas. Wade se retractó inmediatamente, declarando que el arma era la que Oswald había comprado. El Mauser fue olvidado.

Sobre el lugar donde el «arma del crimen» fue encontrada, todos estuvieron de acuerdo: se trataba del Depósito; en cambio, no se pusieron de acuerdo sobre el piso: tan pronto era el quinto como el sexto.

Dos fusiles y tres tornillos

De hecho se ha probado que no uno, sino dos Carcano, estuvieron «mezclados» en el atentado. En la casa Irving —tienda especializada en artículos de deporte, que está situada en las cercanías del domicilio de Oswald— un armero declaró, después del atentado, que tres semanas antes un cliente había hecho montar un visor óptico sobre su carabina italiana. Incluso encontró el boletín de encargo: llevaba el número 18.374. Y sobre este boletín figuraba el nombre del cliente: «Oswald».

A los ojos de la policía no se necesitaba nada más para demostrar que Oswald era el asesino.

Un poco más tarde, sin embargo, el armero declaró que no podía acordarse de su cliente, pero que recordaba perfectamente un detalle: había fijado el visor óptico con tres tuercas; el arma identificada por la policía como la del crimen llevaba sólo dos tuercas. Las autoridades de Dallas se retractaron inmediatamente, anunciando que el «Oswald» de la casa Irving era sin duda un homónimo del asesino, poseedor también de una carabina de marca italiana. La «prueba decisiva» de la culpabilidad de Oswald no volvió a ser mencionada.

Los periodistas extranjeros, sin embargo, habían empezado a desconfiar. La británica Jean Campbell descubrió un segundo armero cerca del domicilio de Oswald. Interrogando a la propietaria de la tienda, Mrs. Edith Whitworth, esta periodista se enteró de que el mismo día en que «Oswald», el homónimo, había ido a la casa Irving, se había presentado a Mrs. Whitworth un joven para encargar un visor óptico. Según la propietaria de la tienda, este joven —que para la policía no era Oswald— venía acompañado por una mujer joven y dos niños, un recién nacido que llevaba en brazos y uno de dos años. Mrs. Whitworth, que envió al joven a la casa Irving, asegura que su mujer no respondía a las preguntas y parecía no comprender el inglés.

La descripción de Mrs. Whitworth no sólo corresponde exactamente a la de la familia Oswald, sino que ha sido confirmada por una cliente, Mrs. Hunter, que se encontraba en la tienda en el mismo momento.

Hay, pues, muy fuertes presunciones que tienden a indicar que dos armas de la misma marca pasaron por las manos de Oswald; estas armas se parecían hasta el punto de que incluso la policía de Dallas las confundió durante algún tiempo. Estas dos armas italianas, de un modelo muy poco común, fueron sin duda escogidas por una razón muy precisa: las balas disparadas por una y otra podían ser confundidas, a condición de que el examen de sus estrías fuera superficial. Era posible, de este modo, ocultar a los investigadores la existencia de dos armas, suponiendo que las dos armas implicadas en el asesinato fueran de la misma marca; en caso contrario, era posi-

ble sustituir otra arma parecida a la que había servido para el asesinato.

Un uniforme de la policía...

Un tirador en el puente, otro en el sexto piso del Depósito de Libros Escolares de Dallas. Y este segundo tirador no ha podido ser Oswald. Tales son las conclusiones a las que nos ha conducido el análisis de la encuesta oficial.

Pero si las conclusiones son exactas, ¿cómo el asesino del Depósito —un hombre ajeno al edificio, que se había introducido en él durante la noche y ha comido allí alimentos cuyos restos se han encontrado— pudo abandonar el inmueble después del crimen? La cuestión es turbadora. Casi inmediatamente después del último disparo la policía bloqueó todas las salidas. Curry, el jefe de la policía, se encontraba personalmente a la altura del Depósito cuando se hicieron los disparos: su coche precedía al de Kennedy a sólo una docena de metros. Desde los primeros momentos, Curry pudo así dirigir personalmente la caza del hombre. No hubo pánico entre los policías. Fueron inmediatamente dirigidos al Depósito de donde, según Curry, habían procedido todos los disparos.

Así, pues, movilizó por radio a todos los policías de la vecindad: 500 hombres, según dice, respondieron a la orden de rodear y registrar. Es imposible que el asesino haya podido bajar seis pisos y escapar antes de la llegada de la policía. No ha podido abandonar el edificio sin que la policía le viera. ¿Pero cómo pudo hacerlo un extraño? La respuesta que parece imponerse es ésta: el 22 de noviembre de 1963 el asesino n.º 1 llevaba el uniforme de la policía. Y a menos que no haya sido muerto después, pienso que sigue llevándolo.

Mientras el asesino n.º 1 abandonaba el teatro del crimen, a bordo de un coche patrulla sin duda —ya hablaremos más adelante de un coche de policía ocupado por un solo hombre, lo que es contrario al reglamento—, Oswald esperaba en la cantina del Depósito la coartada que le había sido prometida. Su papel, un papel poco glorioso, iba a terminar. Oswald había encargado el arma que iba a servir para el crimen —no puede dudarse del peritaje grafológico de la carta de encargo—. Se había hecho enviar el fusil al apartado de correos que compartía con un tal A. Hiddel, personaje cuya verdadera identidad nunca se ha intentado descubrir (1). Después Oswald dejó entrar al asesino n.º 1 en el Depósito la víspera del asesinato y le condujo a la habitación del sexto piso, le llevó el fusil y provisiones y se ocupó de que nadie entrara en la habitación.

Terminada su misión, Oswald debió quedarse bastante tranquilo: no había ninguna razón para sospechar de él. Y cuando se convirtiera en sospechoso, ya estaría lejos. Oswald siguió, pues, perfectamente tranquilo cuando su jefe, Roy S. Truly, acompañado por un agente motorizado, se precipitó sobre él en la cantina del Depósito. Si no se hubiera sentido seguro habría sido presa del pánico en el mismo momento. Se sabe que no era hombre que dominara sus emociones: su comportamiento ulterior, en el cine donde fue detenido, nos lo prueba. Una vez que Truly y el policía se marcharon, Oswald no se preocupó de abandonar precipitadamente el edificio antes de que éste fuera rodeado. Según la investigación del «Times», «entró en un

SIGUE

(1) Es poco probable que el seudónimo de Hiddel perteneciera al mismo Oswald. Cuando un hombre desea ocultar su identidad tomando un seudónimo no se apresura a inscribir su verdadero nombre al lado del falso.




Sopa Paisana



GALLINA BLANCA

Es natural!



Sopa Paisana
Sopa a la Reina
Sopa Jardinera
Sopa de ave con fideos
Crema de ave
Crema de guisantes con jamon
Crema de espárragos
Crema de champiñones



Sobre estas líneas, mister Truly, director de la Dallas School, que al reconocer a Oswald avaló su salida del edificio. Bajo el texto, el cine donde se refugió Oswald tras su evasión, y donde fue capturado por la policía.



despacho vecino, con su botella de gaseosa en la mano». Una telefonista le dijo:

—¿No es horroroso? El Presidente ha sido asesinado.

Oswald masculló unas palabras ininteligibles, abandonó el despacho, bajó la escalera y se perdió en la muchedumbre que se apiñaba ante el edificio.

Pero, ¿desde cuándo la policía deja salir a alguien de un edificio acordonado, donde está buscando al asesino del Presidente? La cosa ha parecido extraordinaria a muchos ciudadanos; entre ellos a U. E. Baughman, que, a la cabeza del Servicio Secreto, se había ocupado durante trece años de la seguridad de los presidentes americanos. En una entrevista publicada el 23 de diciembre por «U. S. News and World Report», Baughman declara:

«Hay una cosa que no comprendo. ¿Cómo pudo salir del edificio? Yo no habría dejado salir a nadie.»

Para Baughman no plantea dudas el que Oswald abandonara el edificio ante los ojos de los policías. El antiguo jefe del Servicio Secreto, añade, en efecto:

«Otra cosa que no comprendo es que la policía haya podido acordonar el edificio tan rápidamente, apenas hechos los disparos.»

Toda la prensa, por otra parte, ha contado lo que el «New York Herald Tribune», del 25 de noviembre, resumía como sigue: «Al abandonar el edificio, Oswald fue arrestado de nuevo por la policía de Dallas. Declaró que trabajaba allí y que había bajado a ver qué pasaba».

Un culpable rápidamente hallado

Si designamos a Oswald como cómplice n.º 1, no tendremos dificultad para encontrar al cómplice n.º 2; es el policía que ha dado orden de dejar salir a Oswald. Esta orden constituía no sólo una violación flagrante de las consignas que la policía debe observar en semejantes circunstancias, sino también un acto de desobediencia a la orden personal del jefe de la policía.

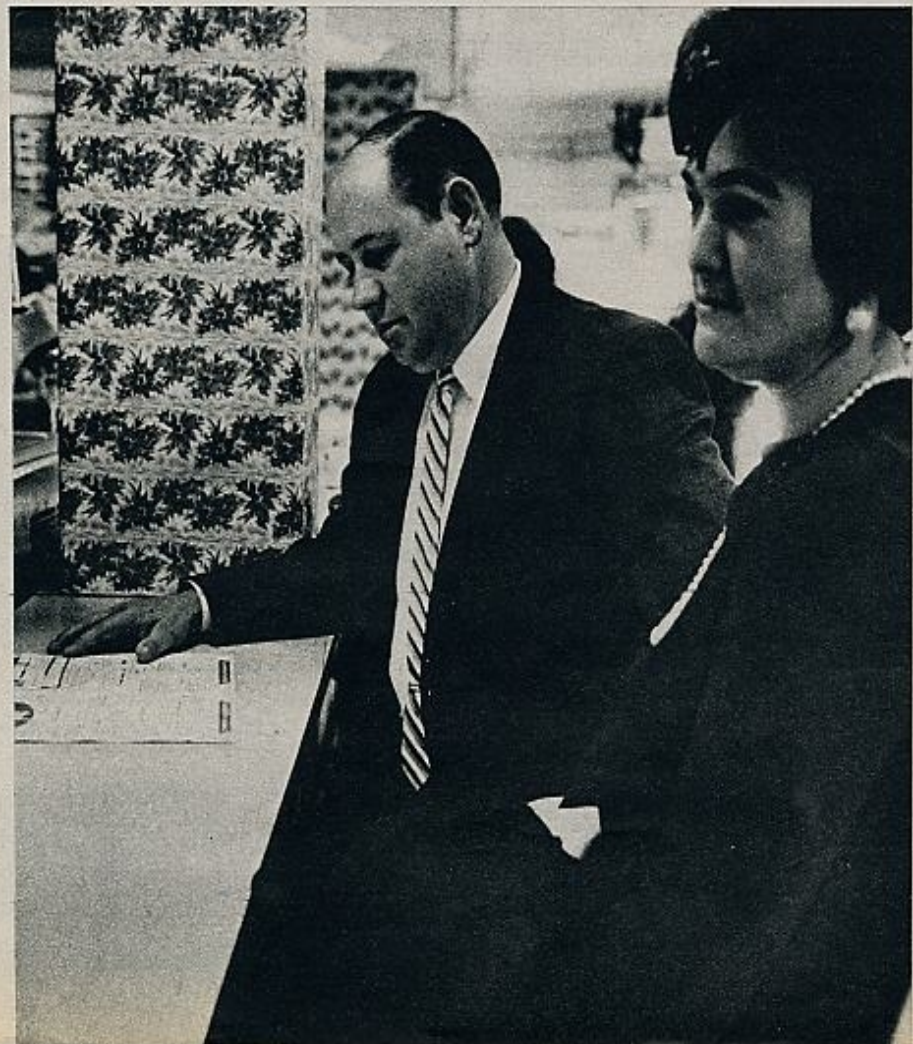
Inmediatamente, uno se pregunta: ¿por qué este último no ha hecho identificar, detener y perseguir judicialmente al policía culpable? ¿Por qué no ha sancionado una falta que no es solamente un gran error de juicio, sino un acto de insubordinación que hace a su autor sospechoso de complicidad en el asesinato?

Pero sigamos adelante. Oswald en libertad; la jauría iba a perseguirle. Eran las 12,35 cuando Oswald abandonó el edificio. A las 12,36, según la encuesta de «Time» del 29 de noviembre, la policía expedía una orden de arresto contra él, por radio, a todas las patrullas. Este hecho merece ser estudiado con más detenimiento. Porque la policía de Dallas, en este momento, acababa de encontrar, con una rapidez sin precedentes en la historia criminal, al culpable de un asesinato, sin testimonios ni confesiones. Es cierto que al principio la policía afirmó que disponía de testigos que habían visto a Oswald disparar desde el sexto piso del Depósito. No obstante, después no pudo presentar más que a un solo testigo, que, según «Newsweek», había declarado a dos policías: «No puedo identificar al asesino, pero si veo un hombre que se le parezca se lo mostraré». Semejante testigo no podía, evidentemente, haber proporcionado a la policía la descripción precisa que difundió a las 12,36, en su mensaje a todas las patrullas: «Hombre blanco, que mide aproximadamente cinco pies y diez pulgadas, y pesa de ciento sesenta a ciento sesenta y cinco libras». Oswald medía de hecho 5 pies y 9 pulgadas y pesaba 160 libras. ¿Quién, entonces, había proporcionado esta información a la policía? Ningún testimonio de las personas

LOS ASESINOS DE KENNEDY



Henry Wade, el hombre que ha conseguido que el Jurado condene a la silla eléctrica al asesino de Oswald. En la foto inferior, el agente Mac Donald: él fue quien detuvo al presunto asesino de Kennedy en el Texas Theater.



que habían afirmado en el primer momento haber «visto» al asesino ha podido ser mantenido. La policía retiró su primera versión y publicó una segunda, en la que ya no se hablaba para nada de testigos. Según esta nueva versión, Oswald se hizo sospechoso únicamente después de que el jefe del Depósito, Roy S. Truly, hubo reunido a todos los empleados del edificio y se dio cuenta de que *sólo uno* faltaba. «Todos los demás han aparecido», declaraba el fiscal Wade al «New York Times» del 26 de noviembre. La descripción y el nombre del que faltaba fueron difundidos por la policía.

El viraje de la policía

Se trata de un curiosísimo viraje por parte de la policía. Hasta ahora, bastaba con que Oswald declarara «Trabajo aquí» para que le fuesen abiertas todas las puertas. El primer policía, que le había encontrado en la cantina, no le hizo la más mínima pregunta. Ni siquiera se preocupó de saber si Oswald había visto a alguien o algo sospechoso. Unos minutos más tarde bastaba a Oswald anunciar su calidad de empleado para atravesar sin molestias un cordón de policías.

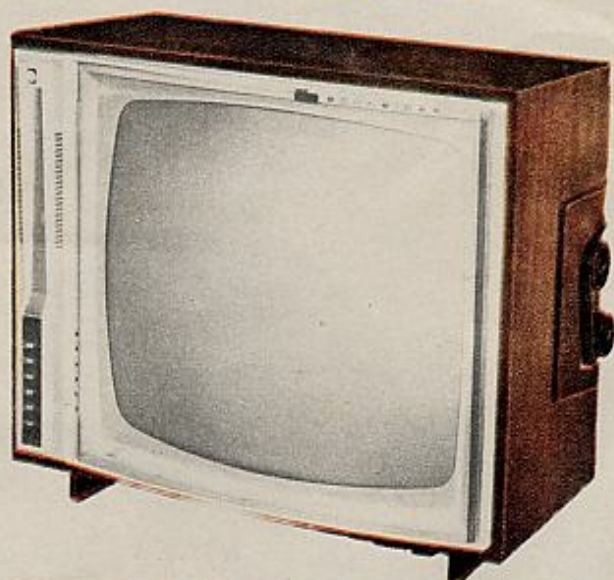
Pero de repente, después de la marcha de Oswald, la policía decide que la ausencia de este empleado le hace sospechoso y constituye una presunción suficiente para que se le haga buscar. ¿Qué ha ocurrido, pues, entre la salida de Oswald, a las 12,35, y la orden de arresto, difundida a las 12,36, para motivar este viraje de la policía? Eran las 12,33 cuando Roy Truly, acompañado por un agente motorizado, llegaba al primer descansillo del Depósito, donde encontró a Oswald bebiendo una botella de gaseosa. Los dos hombres continuaron su carrera hacia los pisos superiores en busca del asesino. Truly no pudo, entonces, ayudar a la policía, que durante ese tiempo intentaba congregarse a los empleados del edificio. Había que ir a buscarlos entre los millares de espectadores enloquecidos de la calle. Ahora bien, la policía no tenía ningún medio de identificar a los empleados del Depósito. Si quería reunirlos, lo primero que tenía que hacer era, evidentemente, impedir la salida de los que se encontraban ya —o todavía— en el Depósito.

Los cómplices números tres y cuatro

Todo indica que a las 12,35, cuando Oswald abandonó el edificio, la policía no había comenzado aún a congregarse a los empleados. Sin embargo, a las 12,36 ya había sacado la conclusión de que sólo faltaba Oswald, de que su ausencia le señalaba como sospechoso (normalmente, ¿no hubiera debido ser su presencia?). Poscía ya una descripción muy precisa del empleado que faltaba, que difundió por radio.

Para llegar hasta aquí, la policía ha debido congregarse a por lo menos noventa personas empleadas en el Depósito, la mayor parte de las cuales estaban mezcladas a la multitud. Se nos quiere hacer creer que estas noventa **SIGUE**

La técnica francesa más
avanzada en **tv**



SCHNEIDER

con el sensacional
sistema

OPTIVISION

Una maravilla electrónica, con una
excepcional nitidez de imagen.

Regulación automática de contraste
según la luminosidad del ambiente.

Estabilización automática de la imagen.

Dos altavoces: "AUDAX y PRINCEPS" los
más perfectos de la industria europea.

Mando de conmutación para la futura
2.ª Emisora UHF.

Dispositivo antiparasitario de doble efecto
y reglaje progresivo.

Circuitos impresos: suprime miles de
conexiones, posibles causas de averías.

¡El Televisor SCHNEIDER no admite comparación!

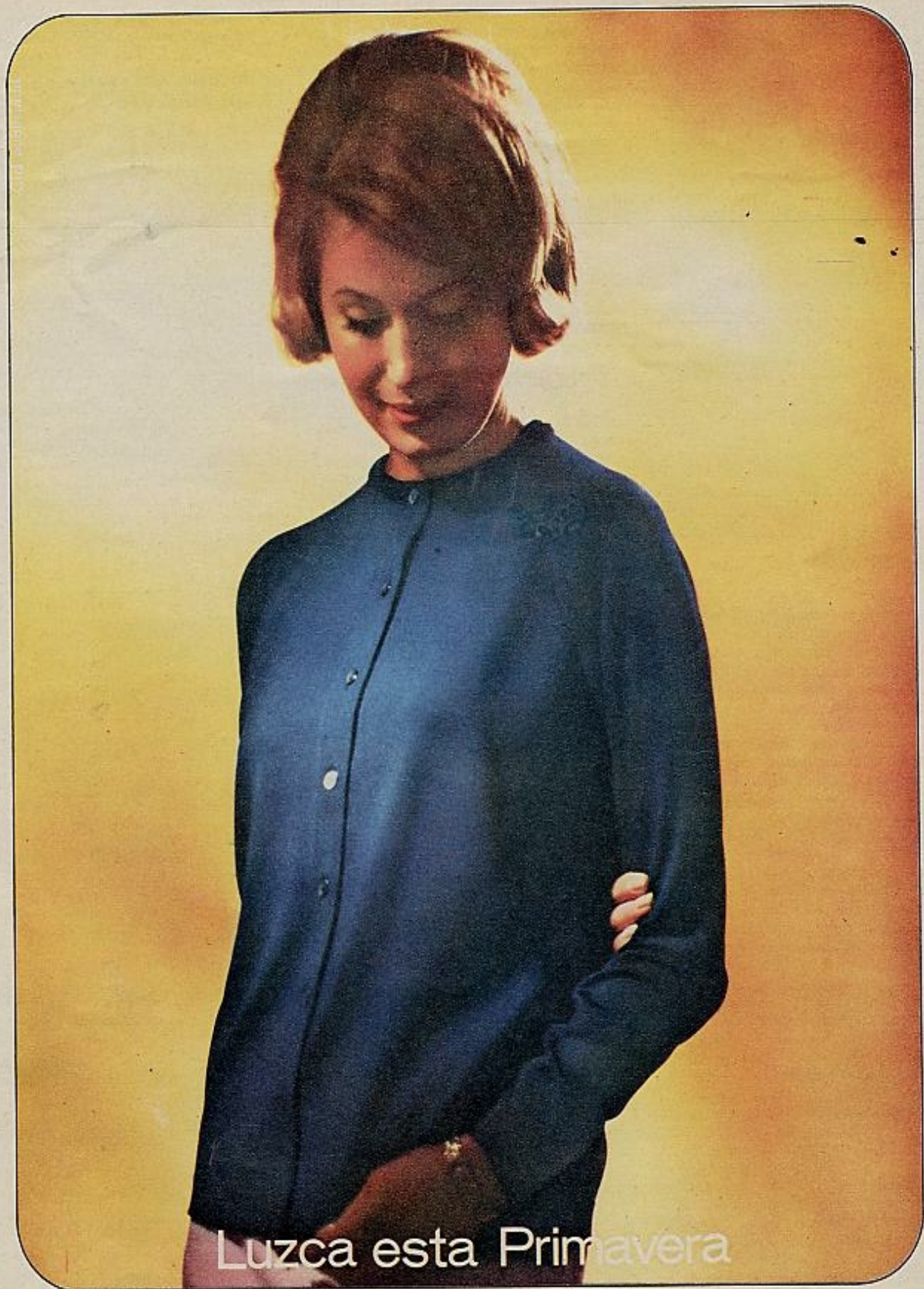
c'est toujours le meilleur

SCHNEIDER

RADIO-TELEVISION

el aristócrata de los televisores





Luzca esta Primavera
jerseys de 'Dralon'

En los mejores establecimientos encontrará esos jerseys que a usted le agradan: ligeros y cómodos. Jerseys que favorecen la silueta. Son jerseys de 'Dralon'. Los distinguirá por su etiqueta dorada de garantía. Le encantarán por sus bellos colores, su tacto suave y su confección perfecta.

dralon[®]

LA FIBRA DEL MERCADO COMUN





centenares de metros y hecho parar a un taxi. Todas estas informaciones fueron pretendidamente suministradas por testigos. Pero los testigos se desvanecieron misteriosamente cuando los periodistas intentaron interrogarles. Por otra parte, todo reportero que ha seguido de cerca una caza del hombre sabe que la centralilla de una comisaría central se ve sumergida, en esas ocasiones, de informes fantásticos, comunicados por teléfono por simples ciudadanos. Habría que desconocer los problemas que plantea una caza del hombre para creer que la policía puede, en esos casos, separar la cal y la arena y reconstruir prontamente el itinerario del criminal. Además, nada individualizaba a Oswald en el momento de su fuga: no estaba herido, sus ropas no estaban destrozadas, intentaba, sin duda alguna, pasar inadvertido. Y, sin embargo, Wade ha hecho a los periodistas el relato detallado e increíble cuya transcripción textual —que refleja bien el estilo confuso de Wade— damos a continuación:

"Sabemos después que está en un autobús al que ha subido en Lamar Street y ha dicho al conductor que el Presidente había sido muerto —el Presidente— ha dicho a una señora— todo esto ha sido confirmado por testimonios— ha dicho a la señora en el autobús que el Presidente había sido muerto. Ha dicho —¿cómo lo sabía?— ha dicho que un hombre allí le había dicho. El

inculpado ha dicho: "Si, ha sido asesinado", y se ha reído muy fuerte" (SIC).

Nadie en casa de Oswald

La historia es tan inverosímil y presenta tales contrastes con el autodomínio de que Oswald dio prueba en la cantina, que el F. B. I. la desmintió a continuación. Por otra parte, incluso si Oswald se hubiera conducido de un modo tan inverosímil en el autobús, ningún pasajero del vehículo habría podido informar a la policía de que después Oswald había cogido un taxi y del número de éste.

Parece, sin embargo, que el cómplice n.º 4 no tuvo una tarea fácil. Oswald se dio cuenta de que era, aparentemente, seguido; intentó plantar a su perseguidor dando al chófer del taxi unas señas que diferían en cinco bloques de las de su domicilio. Quizá, incluso, recurrió a ciertos subterfugios para escapar. En vano: toda una jauría le seguía ahora los pasos. Porque la policía conocía ya sus señas. Por lo menos tres fuentes podrían habérsela proporcionado. La primera era el servicio personal del Depósito de Libros. Luego, la brigada Anti-roja (Red Squad) de la policía local conocía con toda seguridad el domicilio del ciudadano mejor conocido por sus opiniones sub-

personas han podido ser reunidas en un minuto; que su jefe, que se encontraba en el sexto piso del edificio, ha podido ser llamado para pasarles revista; que ha nombrado a estas noventa personas —sin duda de memoria—, cuyos nombres no siempre conocería; que ninguna de ellas ha aprovechado la pausa de mediodía para ocuparse de sus asuntos personales; que ninguna de ellas ha ido a telefonar a sus familiares para informarles del asesinato; que ninguna se había ido a un lugar público a oír la radio; que ninguna había bajado a la calle para ver si había heridos... No; todos los empleados estaban allí, menos Oswald; ¡y se habían congregado en un minuto!

Esta es la versión oficial. Si el lector cree que no se tiene en pie, se impone una conclusión: alguien ha expedido una orden de arresto contra Oswald cuando nada permitía aún implicarle en el asesinato, ya que el único indicio que la policía disponía contra él a las 12,36 era su ausencia. La presencia de Oswald en la cantina, en efecto, no había resultado sospechosa para Roy Truly. Fue totalmente explícito a este respecto: «Mr. Truly ha declarado —escribe el «New York Herald Tribune», del 25 de noviembre— que «no concedió ninguna importancia» a la presencia de Oswald en la cantina «hasta el momento en que constatamos su ausencia, que yo hice notar». Luego una cosa es segura: el policía que expidió la orden de arresto contra Oswald antes de que sus noventa compañeros hubieran sido congregados y contados conocía ya el papel de Oswald en la conspiración; y no podía conocerlo si él mismo no estaba nadando en el complot. Este policía se nos aparece así como el cómplice n.º 3; su papel ha sido más importante que el de los otros cómplices.

Al dejar el edificio, Oswald parece haber sido seguido por el cómplice n.º 4. A diferencia de los otros dos cómplices, este hombre no llevaba el uniforme de la policía. Su papel era el de seguir a Oswald para hacerle detener en el momento oportuno. La existencia de este cuarto hombre, policía de paisano, se deduce de la rapidez con que la policía fue informada del itinerario seguido por Oswald. Sabía —o pretendía saber— lo que Oswald había dicho a los viajeros del autobús; en qué parada se había bajado y por qué; sabía que había cubierto a pie unos



He aquí unas imágenes expresivas: Oswald, desde el momento de su detención estuvo siempre rodeado de policías.

versivas. Finalmente, Oswald estaba fichado por la sección local del F. B. I., y a la policía le hubiera bastado una consulta. En efecto, mistress Paine, la patrona de la mujer de Oswald, declara haber dado al F. B. I. las señas de aquél, sólo días antes de su establecimiento en Dallas.

Puede, pues, afirmarse que incluso antes de que Oswald hubiera llegado a su destino, la policía sabía ya hacia dónde se dirigía. Pero cuando Oswald entró en su habitación, *nadie le esperaba allí*. A consecuencia de los mensajes radiados de la policía, el barrio estaba, sin duda, acordonado. Sin embargo, nadie impidió a Oswald que fuera a recoger su pistola a su domicilio. ¿Por qué? ¿Dónde estaban en este momento las patrullas motorizadas?

La primera explicación que se ocurre es que unos cómplices, en el seno de la policía, procuraban facilitar la huida de Oswald. Esta tesis fue propuesta poco después del atentado por una parte de la prensa europea, especialmente por Serge Groussard en «L'Aurore». El complot —escribía Groussard— había sido llevado a cabo por gangsters, con la ayuda de un policía complaciente; éste debía hacer salir a Oswald de la ciudad a bordo de su coche-radio. Pero en lugar de cumplir lo prometido, este policía intentó detener a Oswald que, sintiéndose traicionado, le

abatíó. Más adelante volveremos sobre esta tesis extremadamente sugestiva.

Las tres infracciones

J. D. Tippitt —los periodistas lo supieron— no estaba bien considerado por sus superiores. No había ascendido desde hacía diez años. Según Groussard, Tippitt, padre de tres niños de corta edad, sería sensible al atractivo del dinero y, a petición de los gangsters, habría aceptado hacer salir de la ciudad a un hombre desconocido para él, con quien debía encontrarse en un lugar y a una hora determinados.

Tippitt —cree Groussard— no tenía idea del crimen de su «cliente»; le tomaba, sin duda, por un vulgar atracador. Pero cuando supo por la radio que Kennedy había sido asesinado, Tippitt sospechó que su cita era con el asesino y cambió de opinión. En un impulso patriótico o en la esperanza de obtener una medalla o un ascenso, Tippitt —según la hipótesis de Groussard— decidió detener él solo al presunto asesino.

Esta tesis tiene, no obstante, varios puntos débiles. Hay indicios que hacen pensar que, en primer lugar, Oswald no era un des-

SIGUE

LOS ASESINOS DE KENNEDY

A OSWALD LE HABIAN PROMETIDO AYUDA PARA ABANDONAR EL PAIS, PERO LE TRAICIONARON

UNA CURIOSA COINCIDENCIA: TIPPITT, OSWALD Y RUBY VIVIAN EN EL MISMO BARRIO



Y ésta es la pregunta que todavía no tuvo respuesta. ¿Cómo pudo Ruby introducirse en el local y disparar sobre el presunto asesino, sin ser estorbado, y ni siquiera advertido?

triunfo





JOHN F. KENNEDY

35º PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

1917-1963

LOS ASESINOS DE KENNEDY

conocido para Tippitt. La descripción de Oswald difundida por la policía no permitía reconocerle. Además, Oswald acababa de cambiar su chaqueta por una cazadora. Hay que señalar igualmente que Tippitt, Oswald y Jack Ruby vivían en el mismo barrio, y que el policía conocía muy bien al antiguo gángster de Chicago. Mrs. Grant, la hermana de Ruby, ha declarado a los periodistas que su hermano y Tippitt eran «como dos hermanos».

Hay un indicio aún más turbador: Tippitt estaba solo cuando detuvo a Oswald. Ahora bien; es inconcebible que a bordo del coche-radio que patrulla el barrio donde el único sospechoso —un hombre armado— tiene más visos de ser encontrado, se halle ocupado por un hombre solo. En Dallas, como en otras ciudades, la consigna exige que a bordo de un coche-radio haya siempre dos hombres. Habría sido interesante conocer el nombre del compañero habitual de Tippitt, y la razón de su ausencia en este momento crucial. Si, por un caso extraordinario, Tippitt se encontraba solo en su coche en el momento en que el atentado fue anunciado por radio, ¿no habría debido hacerse acompañar por un segundo policía para perseguir a un sospechoso peligroso? El hecho es que ni siquiera lo intentó, aunque tuvo tiempo para ello: no interpelló a Oswald hasta las 13,16.

Tippitt se encontraba aquel día infringiendo otra consigna: la víspera había sido destinado a un sector de la parte baja de la ciudad, con prohibición expresa de salir de él.

Tippitt cometió una tercera infracción al no informar a su cuartel general, por radio, de que iba a interpellar a un sospechoso que respondía a la descripción que había sido facilitada.

La extraña misión de Tippitt

Según la tesis de Groussard, Oswald esperaba a Tippitt. El policía fue a la cita. El fugitivo no tenía motivos para desconfiar: según un testigo, Oswald habría sonreído al policía y charlado con él durante un minuto, de pie, al lado del coche. Pero si Oswald debía escapar con la ayuda de Tippitt, ¿por qué no ha subido inmediatamente al coche? ¿Por qué, según el testigo citado por Groussard, Tippitt subió el cristal de la ventanilla, como si estuviera a punto de partir, mientras Oswald se iba en dirección opuesta? ¿Y por qué, siempre según el testigo de Groussard, Tippitt saltó en este momento del coche, precipitándose sobre Oswald y sacando su pistola, mientras Oswald, haciéndole frente, le ganó por velocidad y disparó el primero?

La respuesta a estas preguntas debe indudablemente ser buscada en la extraña misión que sus superiores habían encomendado aquel día al agente Tippitt. Fue al cumplir esta misión secreta, que debía hacer de él el cómplice n.º 5, cuando Tippitt fue abatido. Esta misión era de la mayor importancia: se trataba de interceptar al fugitivo, operación delicada si las hay. El primer acto se desarrolló tal como estaba previsto: Oswald se había armado, se había convertido en peligroso y se dirigía a las señas que le habían sido indicadas. Esperaba que le ayudaran a abandonar el

país. Unos centenares de metros más y estaría a salvo.

Había que suprimir a Oswald

Pero Oswald no llegó nunca a su destino. Porque apenas había salido a la calle, el cómplice número 4 —un policía de paisano encargado de seguir a Oswald— daba la señal convenida al cómplice n.º 5, que se encontraba en su coche-radio, precisamente en la esquina de la calle. El cómplice n.º 5 se jugaba la carta más importante de su vida: iba por fin a expiar sus culpas pasadas y a ganar el favor de sus superiores. Iba a detener a Oswald, que ahora estaba armado. En el transcurso de la detención, Oswald intentaría sacar su pistola, y el cómplice n.º 5 le mataría en legítima defensa. El único sospechoso, el castrista, el comunista fanático, el asesino en resumidas cuentas, caería en la calle y se callaría para siempre. Todo había sido previsto para terminar con él. Los otros miembros del complot estarían tranquilos. Nadie podría denunciarles, el asunto iba a quedar archivado para siempre.

Ese era el plan. Pero el cómplice n.º 5, embrollado hasta el fin, fracasó en su misión. El barrio había sido descargado de fuerzas de policía, a fin de que el cómplice n.º 5 pudiera operar en paz. La captura de Oswald no podía ser confiada, en efecto, a un destacamento importante. Oswald debía rendirse sin resistencia a unas fuerzas de policía demasiado numerosas. Si se le capturaba vivo podía contarle todo al primer policía honrado que le interrogara. No habiendo hecho el disparo mortal, indudablemente no iba a subir a la silla eléctrica en silencio.

Era preciso, pues, provocar a Oswald, matarle con el arma en la mano. Sin duda le dijeron al pobre cómplice n.º 5: «Tendrás que arriesgarte. Desde luego, habrá testigos. Entonces, sobre todo, no vayas a matarle como un conejo». Y el cómplice n.º 5 siguió estas instrucciones. Desafió a Oswald y éste sacó su pistola...

La muerte de Tippitt deshizo un plan cuyos detalles habían sido minuciosamente previstos y, durante media hora, todos los personajes improvisaron su papel. Oswald era el más sobrepasado de todos. Estando tan cerca del fin se creía víctima de una casualidad estúpida. No podía saber que en el refugio que esperaba alcanzar le aguardaba un policía dispuesto a capturarlo.

Aislado del mundo exterior

Ciertos testigos aseguraron que después del asesinato de Tippitt, Oswald estaba solo; otros afirmaron que era perseguido. Unos y otros decían, sin duda, la verdad. Porque Oswald, ahora, era seguido, pero de bastante lejos, por el cómplice n.º 4, el policía de paisano. Este se encontraba en una situación embarazosa. Se le había ordenado no intervenir cuando Oswald huyera y fuera abatido en el transcurso de su fuga. El cómplice n.º 4 estaba, pues, demasiado lejos para capturar a Oswald después del asesinato de Tippitt. Quizá perdió unos segundos preciosos para avisar a sus jefes. Pero es poco probable que perdiera el rastro de Oswald. Este, según los «testimonios» (anónimos, al parecer, y que quizá procedan del propio cómplice n.º 4), se dirigió a un solar, tiró las cápsulas vacías de su pistola y la volvió a cargar.

Sorprendido al notar que aparentemente aún no era perseguido, Oswald fue a esconderse en un cine. La policía le detuvo allí a las 13,36.

El cómplice n.º 3, entre tanto, se encontraba en una posición poco agradable: habían pasado veinte minutos entre el «flash» anunciador del asesinato y la decisión de hacer detener a Oswald en el cine. Esta decisión, por delicada que fuera,

era la única posible; los policías de Dallas, honrados en su mayor parte, conocían ya el asesinato de uno de los suyos y el escondite de su asesino. Era imposible contenerles más tiempo. Fueron a detener a Oswald, le torturaron, como es costumbre, después de haberle desarmado... No intentaron matarle. Simplemente, cumplieron su deber.

La policía tenía a su asesino. Pero le había cogido vivo.

Durante los dos días siguientes, todos los miembros del complot estuvieron sobre ascuas: ¿hablaría Oswald? Había que quitarle esa oportunidad en la medida de lo posible. Así, Oswald no fue inculcado a bocajarro de complicidad en el asesinato de Kennedy. Los policías le interrogaron únicamente sobre la muerte de Tippitt. Pero se hizo creer a la prensa que el asesinato del Presidente había sido proyectado y ejecutado por un solo hombre y que la policía le interrogaba a este respecto.

Mientras pudo aislarle del mundo exterior, la policía hizo creer a Oswald que sólo era sospechoso del asesinato de Kennedy. Oswald ignoraba que se le endosaba la plena responsabilidad de él. No se enteró hasta que fue presentado a los periodistas, completamente anonadado.

Habiendo adquirido de este modo la certeza de que sus compañeros le habían traicionado y se habían servido de él, Oswald se convertía para ellos en un peligro que crecía de hora en hora. Invocaba sin tregua su derecho a ver a un abogado. Insistió sobre esto ante los periodistas.

La intervención de Ruby

Y sin embargo, durante dos días de interrogatorios, este derecho —que la Constitución reconoce a todo ciudadano— fue negado a Oswald. No podía serlo durante más tiempo. Y si Oswald veía a su abogado, su primera pregunta iba a ser: «¿Qué posibilidades tengo de salir vivo de ésta si delato a mis cómplices?» Oswald no pudo nunca hacer esta pregunta, gracias a la intervención de un ex gángster de Chicago, productor de espectáculos pornográficos: Jack Ruby. Detenido después del asesinato de Oswald, Ruby declaró: «Pensaba sin cesar cuánto habría sufrido Jackie, y que Carolina y John se habían quedado sin papá». Parece lícito, no obstante, no tomar en serio estos nobles sentimientos, puesto que el propio abogado de Ruby ha declarado que su cliente, en este momento, estaba loco.

No habiendo sido juzgado aún el caso de Ruby (1), respetaré, en la medida de lo posible, su derecho a defenderse ante la justicia, derecho del que él ha privado a Oswald. Reservaré mi juicio sobre la posibilidad de saber si estaba loco. Personalmente, y si su abogado insiste, le concederé gustosamente esta circunstancia atenuante para sacar de ella la conclusión lógica: que Ruby sea internado en un manicomio durante toda su vida o hasta el día en que recupere la memoria. Ese día, cuando se acuerde de los nombres y de los lugares, podremos preguntarle lo que le ha pasado a su viejo amigo «Needlenose» (Nariz de aguja), Labriola, muerto por estrangulación en 1954.

T. B.

(1) Buchanan escribía este capítulo unos días antes de iniciarse el proceso contra Ruby.

(COPYRIGHT: OPERA MUNDI-FIEL 1964 Y «TRIUNFO» EN EXCLUSIVA PARA ESPAÑA)

EN EL PROXIMO NUMERO:

III

OSWALD Y EL F.B.I.



BUCHANAN CABLEGRAFIA DESDE DALLAS:

EN Dallas he seguido el trayecto del asesino del puente. Está claro que la misión del criminal apostado en el puente del ferrocarril bajo el cual, el 22 de noviembre, debía pasar la comitiva de Kennedy, era mucho menos difícil de llevar a cabo de lo que se imagina cuando no se conocen exactamente los lugares. Estuvo perfectamente protegido después de haber disparado; casi tan perfectamente como lo estaba antes del asesinato del Presidente.

Resulta evidente, cuando se sobrevuelan los lugares del crimen, que John F. Kennedy se ofreció a sus asesinos en condiciones que hacían de él un blanco perfecto. El cortejo oficial atravesaba Dallas pasando ante hoteles y edificios comerciales y había alcanzado la calle que se encuentra ante el puente del ferrocarril cuando, en lugar de seguir derecho a lo largo de la calle principal, torció a la derecha, lo que desviaba la comitiva alrededor de una manzana de casas y debía permitir al coche presidencial pasar directamente bajo las ventanas del Depósito. No hay otros edificios entre el Depósito y el puente del ferrocarril.

En el momento en que el coche de Kennedy se acercaba al puente, una persona agachada detrás del pretil de cemento —que me llega a la altura de la cintura—, y tirando a través de una de sus aberturas, por la cual acabo de mirar, tenía un blanco que ningún tirador —incluso el más mediocre— podía fallar.

El asesino pudo haber corrido medio agachado —como yo acabo de hacerlo— has-

ta el extremo del puente, sin ser visto desde la calle que pasa exactamente debajo.

¿En qué dirección ha decidido, después, escapar? La elección es fácil. A la derecha, los railes llevan al aparcamiento que pertenece al Depósito de Libros. El asesino no



Thomas Buchanan, el autor del sensacional reportaje que hemos ofrecido a nuestros lectores, ha contribuido decisivamente a desterrar muchos mitos que se habían erigido como coartadas para ocultar la verdad de los trágicos, repulsivos y lamentables acontecimientos de Dallas.

iba a huir en dirección hacia donde su cómplice estaba disparando desde el edificio del Depósito para distraer la atención. Así, pues, es casi seguro que haya huido en dirección contraria, es decir, hacia la izquierda, hacia un almacén de mercancías. Las condiciones de la huida son ideales.

Si se le hubiera visto, si se hubiera intentado su captura, los perseguidores habrían tenido que escalar una alta valla de alambre que sólo un atleta consumado podía franquear antes de que el primer asesino en su huida desapareciera en el almacén, justo al otro lado.

Una vez en el interior de este almacén —como yo mismo he comprobado—, se ofrece un cierto número de posibilidades de fuga. Todas llevarían al asesino a Houston Street. Desde allí, podría escoger entre tres direcciones. Atravesar una plaza al descubierto, correr a lo largo de un viaducto donde no hay espacio para un peatón o simplemente cruzar la calle y desaparecer en el edificio del «Dallas Morning News», único edificio del lugar.

He verificado esta última posibilidad, andando con un paso normal hasta la entrada principal del «Morning News». Desde este punto exacto hasta el puente de ferrocarril de donde parece haber partido el primer disparo dirigido al Presidente, pasando como se ha indicado por el almacén de mercancías, he tardado cinco minutos. A un hombre que ha hecho este trayecto corriendo no le hubieran hecho falta más de dos o tres minutos.»

T. B.